

RALPH MILIBAND: UNA CASANDRA SOCIALISTA¹

En 1989 Ralph Miliband perfiló los dos escenarios posibles para el futuro del conflicto de clases. En el primero, la pérdida del protagonismo sindical y la desregulación producida en la vida económica se verían reflejadas en el ámbito político. La socialdemocracia y los partidos laboristas podrían conservar sus nombres pero la idea de un desafío a los fundamentos del capitalismo habría sido definitivamente marginada. Los conflictos continuarían pero no constituirían una amenaza para el orden social; podrían incluso intensificarse, funcionando como válvula de seguridad o estimulando reformas de poca envergadura. Una excepción sería el terrorismo practicado por grupos minoritarios situados en los extremos del espectro político. Supondría «un problema y una molestia» pero sería totalmente incapaz de desestabilizar un sistema solidamente legitimado.

Ésta no era la propia visión de Miliband. En primer lugar, en *Divided Societies* señalaba que este desarrollo no debería entenderse como una relajación del conflicto social, sino antes bien como una extensión masiva de la «lucha de clases desde abajo». Seguidamente, y ello es más importante, la propia naturaleza del capitalismo –un proceso de dominación y de explotación que era intrínsecamente incapaz de hacer un uso racional o humano de los inmensos recursos que había creado– renovaría, generación tras generación, la búsqueda de una alternativa sistémica. El equilibrio entre un apreciación sobria de las relaciones de fuerza entre las clases y la esperanza racional en un mundo mejor fue la idea central del trabajo de Miliband como científico político. Un trabajo que proporcionó una quilla realmente firme para las diversas generaciones de la Nueva Izquierda a través de sus libros –*Parliamentary Socialism* y *The State in Capitalist Society* entre otros–, del anuario *Socialist Register* y de sus múltiples contribuciones a esta revista, de la cual fue uno de sus fundadores. Michael Newman escribe una biografía meticulosamente documentada que proyecta una nueva luz sobre la formación de la visión del mundo de Miliband y sobre las pasiones que yacen tras ella.

¹ Michael NEWMAN, *Ralph Miliband and the Politics of the New Left*, Londres, Merlin Press, 2002, 368 pp.

Nació, no Ralph sino Adolphe, en Bruselas en 1924. Sus padres –Samuel, un artesano del cuero, y Renée, quien tenía un puesto de sombreros en un mercado– acababan de llegar a la ciudad: trabajadores emigrantes cuya lengua era el *yiddish* que huían del caos económico reinante en Polonia después de la guerra. Samuel había sido miembro del Partido Socialista Polaco (un recuerdo de Miliband) y también de la Alianza Socialista Judía (éste lo es de su hermana pequeña Nan). El precio de la ciudadanía política en Bélgica era más alto de lo que podían pagar, pero Samuel Miliband aprendió por sí mismo el suficiente francés como para seguir los acontecimientos internacionales a través de la prensa y tratar con su hijo de nueve años asuntos como el acceso de Hitler al poder, la Guerra Civil española y especialmente, como Miliband evocaría más tarde, «los acontecimientos del día a día en París, los cambios de ministerio, los méritos respectivos de este o de aquel líder». Si bien sus padres observaban inevitablemente el ascenso del nazismo desde la óptica de su experiencia anterior del antisemitismo vivida en Polonia,

la cuestión francesa cobraba mayor importancia por el hecho de que Léon Blum, un judío, era el líder del Partido Socialista Francés, y en 1936 primer ministro [...]. En nuestra casa había un ambiente político distendido y generalmente de izquierdas: era impensable que un judío, que el judío de nuestro tipo –el obrero artesano, el trabajador por cuenta propia, pobre, judeoparlante, sin estar integrado, no religioso– pudiera ser otra cosa que socialista.

Tenía dieciséis años cuando el ataque nazi sobre Bélgica partió la familia. Miliband y su padre huyeron hacia la costa teniendo que caminar durante toda una noche para llegar a Ostende y allí tener que pelearse para poder conseguir una plaza en el último barco hacia Gran Bretaña. Llegaron a Londres el 19 de mayo de 1940. Su madre y su hermana menor, demasiado pequeña para el viaje, se mantuvieron juntas en Bruselas hasta que se produjo la redada de judíos de 1942, cuando se las arreglaron para encontrar refugio en una granja. Mientras trabajaba como cargador de muebles en el Londres bombardeado –y ahora rebautizado como Ralph ante la insistencia de su patrona, que no encontraba Adolphe suficientemente patriótico–, Miliband recogía sus impresiones del país en su diario (en francés) de adolescente:

Inglaterra es lo primero. Todo el pueblo inglés asume esta máxima. Perder su imperio sería la peor de las humillaciones posibles [...], cuando escuchas los comentarios ingleses sobre esta guerra a veces estás a punto de desear que la pierdan para que aprendan cómo son las cosas.

Pocas semanas más tarde, exploraba los lugares donde habían caído las bombas en West End: «Entre aquellas ruinas se percibe una opulencia que no ha desaparecido, que se dará mañana de nuevo y para la cual este bombardeo no supone una crisis tan importante»; sin embargo: «en White-

chapel, en el área judía y en los suburbios, la devastación es realmente terrible. Colas de personas esperando para ser evacuadas. Más desdichados convertidos en refugiados, como el resto, con un fardo sobre sus espaldas. Vergüenza, indignación y rabia. Te preguntas: ¿Cómo pueden vivir así?. El instintivo y casi inocente sentido de indignación moral ante tal injusticia no era sólo la reacción de un adolescente de clase obrera traumatizado por la guerra. Cuatro años más tarde, cuando trabajaba como intérprete de la Marina Real, describiría como «la negación de una democracia elemental» la diferencia «enorme, flagrante» entre los oficiales y los hombres de a bordo de destructores abarrotados, un abismo tan grande como el que hay entre «una suntuosa casa de campo con 300 habitaciones y un suburbio de Lambeth».

En esta época Miliband ya escribía en inglés, habiendo concluido la pesadilla en la que se había convertido el dominio de esta lengua. A principios de 1941 se matriculó en el Acton Technical College concibiéndose a sí mismo, según recuerda, como «la semilla de un intelectual»; una idea que podía provenir del estímulo de sus padres o de su origen «judeosocialista» de la década de 1930. Sus primeros ensayos, dolorosamente redactados en la lengua extranjera, se los devolvían con cuatro o cinco faltas de cada diez palabras y con correcciones gramaticales. Uno de ellos, donde trataba «La muerte» y citaba a Darwin y a Freud (sobre la adopción de ritos funerales primitivos en la sociedad moderna) le fue devuelto con el comentario de que el siguiente trabajo no le sería corregido a menos que hubieran desaparecido los errores ortográficos. «Aquellos verbos», sollozaría Miliband en su siguiente trabajo implorando a su lector que «imagine la tortura que es para alguien que no sólo *tiene* que escribir un ensayo, sino que tiene que hacerlo en una lengua extranjera»:

Aquellos verbos bailan su baile loco; igual que bailan los gusanos en una tumba, bailan en mi cabeza... Esto es a lo que equivale para mí la escritura de un ensayo en inglés. Después (aprecie mi coraje) lo leo de nuevo. Para mí está perfecto. Ni una sílaba descolocada. El ensayo me lo devuelven tachado y retachado, hay tantas marcas del bolígrafo azul como palabras. La recompensa a mi paciencia, de hecho a mi coraje, a todos los sentimientos que son lo mejor de mí mismo.

A pesar de todo consiguió matricularse aquel verano y en octubre de 1941 inició sus estudios en la London School of Economics [LSE], evacuada a Cambridge. Sus propios escritos transmiten con portentosa fuerza la alegría que le suponía entrar en «otro mundo»: inviernos helados caldeados a base de «un café asqueroso pero caliente», controversias intelectuales y fumar cigarrillos. El grupo, compuesto por 350 estudiantes –la mayoría eran mujeres–, era sumamente cosmopolita, preponderantemente de izquierdas y, para Miliband, animado por la intensa excitación que proporcionaba el estrecho contacto con Harold Laski. «Nos hemos hechos inseparables [*pan brat*] se vanagloriaba en una carta dirigida a Samuel a principios de 1942. Con un paternalismo macuniano, Laski –Newman ha

escrito un libro previo sobre él— decía de él que era «un gran muchacho, uno de los mejores que he tenido en años».

Miliband, que se convertiría en un especialista en ciencias políticas mucho más incisivo que su profesor y que se situaría marcadamente a su izquierda, conservaría la preocupación de Laski por las cuestiones centrales de la disciplina —los partidos, las clases y los Estados— y el aliento de ser para él una referencia relativa. Personalmente Laski le brindó su ayuda en momentos cruciales: aseguró su puesto en la Marina Real desde 1943 hasta 1946, cancelando las aspiraciones de sus competidores belgas, e intercedió ante la Administración de Attlee para reunir a la familia de Miliband, separada durante años después de la guerra por culpa del antisemitismo de las políticas laboristas en materia de inmigración, las cuales prolongaban el desamparo vivido por Renée y Nan en Bélgica. En 1947, bajo la supervisión de Laski, Miliband comenzó la inmensa labor de su tesis doctoral sobre el pensamiento radical durante la Revolución Francesa examinando las ideas políticas del *menu peuple* analfabeto a través de cómo se habían expresado en los archivos policiales, en las audiencias ante los tribunales y en otras fuentes primarias (la página mil del manuscrito fue entregada en 1956). En 1949, Laski consiguió su primer puesto como profesor asistente en el Departamento de Gobierno de la LSE. «Nunca nos sentimos obligados a estar de acuerdo con él», escribió Miliband en un afectuoso tributo después de la repentina muerte de Laski en 1950, «porque era obvio que le agradaban las buenas discusiones y porque que no se escondía detrás de sus años y de su experiencia». En otros aspectos, el legado de Laski fue más ambiguo. Cuando Miliband era un refugiado quinceañero había dado en su camino con la sepultura de Marx en Highgate y con el puño en alto le había jurado en silencio su lealtad. Sin embargo, bajo la tutela de Laski, se mantuvo alejado de cualquier afiliación comunista; con el tiempo ingresaría en el Partido Laborista para trabajar con la izquierda bevanista durante un lapso de diez años a partir de 1951.

Tuvo, por lo tanto, una formación muy distinta a la de la mayoría de los integrantes de la Nueva Izquierda británica que emergió después de 1956: los ex comunistas disidentes del *New Reasoner*; los bohemios de izquierdas situados en la órbita de la *Universities and Left Review [ULR]* o los jóvenes de las marchas a Aldermaston. En ciertos sentidos, su experiencia era ya mucho más amplia. A diferencia de los miembros del Partido Comunista, había podido ir a Estados Unidos y a finales de la década de 1940 había dado cursos de verano en el radical Roosevelt College de Chicago, sintiéndose excitado por la ciudad pero horrorizado ante el macartismo: «los periódicos y la radio estaban saturados de informaciones acerca de rojos, espías y sentido de la lealtad». En 1957, apareció en su vida C. Wright Mills deslumbrando a los estudiantes en un seminario realizado en abril en la LSE; en julio ya estaban de viaje juntos por Polonia. Llama la atención que Newman recoja poco de este viaje de posguerra a la tierra de sus antepasados o del impacto intelectual y político que tuvo la

relación con Mills; pero cuando Miliband se refirió a *The Power Elite* como «intenso, vigoroso, lleno de vida: uno de los muy escasos libros que relucían entre la masa de gris de lo que pasaban por ser análisis sociales en la espantosa década de 1950», con toda seguridad, en parte estaba evocando a su autor.

La emergencia de la Nueva Izquierda al final de la década de 1950 abría la posibilidad, por fin, de un genuino trabajo intelectual en casa. Contactado por John Saville para escribir para el *New Reasoner* en 1958, Miliband aportó destacados ensayos sobre la estrategia socialista y escribió críticas literarias para Stuart Hall y Raphael Samuel en la *ULR*. A finales de 1958 participó en el consejo de redacción del *New Reasoner* junto a Saville y Edward Thompson, y un año después les escribía una «carta de agradecimiento»:

En muchos sentidos es una carta difícil de escribir. En realidad es sólo para daros las gracias personalmente a los dos. En efecto me habéis dado una sensación de camaradería socialista de la que no disfrutaba desde los viejos tiempos de estudiante... Ambos me habéis hecho sentir, junto al sentido de pertenencia a un movimiento, que también estaba inmerso en una camaradería personal con personas que tenían más experiencia que yo, con quienes podía compartir de modo directo las preocupaciones políticas que tengo, que hablaban mi lengua y que me acogían como a uno de los suyos.

Ahora lo que necesitaba desesperadamente, proseguía en su carta, no «era la reafirmación sino una crítica realmente acerada». Había estado lidiando con un manuscrito sobre la política del Partido Laborista: «Me preocupa estar satisfecho con todo el tema y ahora siento que el asunto es realmente espantoso».

Parliamentary Socialism, publicado en 1961, se ha convertido en un hito de la historiografía política británica, un informe desenvueltamente mordaz del comportamiento del Partido Laborista, desde su papel subalterno en el gobierno de la Primera Guerra Mundial, dedicado a encauzar las tropas hacia el frente —Keir Hardie: «los muchachos que han ido al frente a pelear las batallas de su país no deben descorazonarse por las notas discordantes que les lleguen de casa»—, pasando por los recortes de los subsidios de desempleo llevados a cabo por MacDonalds en 1931 en deferencia hacia la consideración conservadora de que la mejor forma de implementarlos sería que se encargara de ello un primer ministro laborista, hasta llegar a la «circunspección» del Manifiesto Laborista de 1945, en el cual se recogía que los consejos de administración de las industrias nacionalizadas estarían dirigidos por financieros y hombres de negocios, al mismo tiempo que la política internacional británica según las palabras del secretario de Estado estadounidense Byrne «no se veía alterada en absoluto por el relevo de Churchill y Eden por Attlee y Bevin». Miliband tenía un sentido extraordinario para los detalles (Attlee: «El rey siempre solía decir que yo observaba con mucha sorpresa el alcance de nuestros

éxitos»). Su vivisección de lo que *Parliamentary Socialism* calificaba de «enfermedad del laborismo» —el orden caballeresco de las secretarías de los sindicatos y las lacerantes inhibiciones de la izquierda parlamentaria— se convirtió en el punto de partida para la política radical británica de la década de 1960.

Miliband fue el único miembro del consejo editorial del *New Reasoner* que se opuso a su fusión en 1950 con la *ULR* y que dio lugar a la fundación de la *New Left Review [NLR]*. Uno de los motivos por los que luchó tan tenazmente contra la desaparición del *New Reasoner*, explicó a Thompson y a Saville, descansaba en lo profundamente implicado que se había sentido en el proyecto. Otra de las razones —prontamente confirmada— yacía en su escepticismo ante la viabilidad de un proyecto editorial tan heterogéneo como lo era el bebé *NLR*. Miliband lo abandonó junto a Thompson, Saville y otros cuando su inmanejable consejo se fracturó en 1963. Aquella misma tarde, Miliband se sentó a mecanografiar la propuesta del anuario que se convertiría en el *Socialist Register*, el cual coeditaría hasta su muerte en 1994.

Treinta años después, Miliband dedicaría una mirada retrospectiva de cierta satisfacción hacia el denso archivo de análisis políticos contemporáneos y el listado de fragmentos clásicos (aunque sus primeras expectativas por recoger «cultura, Freud y todo ese jazz» nunca llegaron a materializarse) acumulados en el *Register*. No obstante, en su día fue tremendamente autocrítico, llegando a reprender a Saville, su coeditor, porque los contenidos del *Register*—Isaac Deutscher hablando sobre maoísmo en 1964 y sobre Khrushchev en 1965; Ernest Mandel sobre neocapitalismo; Marcel Liebman sobre el significado de 1914; Lukács sobre Solzhenitsyn— no eran «lo suficientemente buenos... Simplemente debemos subir el nivel de nuestros criterios: este año a la postre no hemos mejorado, algo sumamente decepcionante». La dirección editorial de Miliband echaba mano de una vasta red de amistades políticas. Marion Kozak y también Deutscher, Mandel y Liebman se refieren a «Leo Huberman, Paul Sweezy y Harry Magdoff de la *Monthly Review*; a K.S.Karol, André Gorz y otros intelectuales franceses; Rossana Rossanda en Italia. Ralph tenía muchos amigos estadounidenses de finales de la década de 1940, así como simpatizantes de la New Left conocidos a través de C.Wright Mills... y los polacos, incluidos Kolakowski, Schaff y Lange».

Si bien el *Socialist Register* publicó textos vigorosos sobre las luchas anti-coloniales y sobre la guerra de Vietnam, las reivindicaciones del nuevo movimiento estudiantil pilló desprevenidos a sus editores. Los acontecimientos de mayo de 1968 y la invasión de Checoslovaquia llegaban a Miliband a través de la distancia de un año sabático dedicado a terminar su libro *The State in Capitalist Society*. A su regreso a la LSE aquel otoño, se quedó estupefacto ante la adopción por los estudiantes de la acción directa que tildó, en una carta dirigida a Marcel Liebman, con la frase: «fascismo de la izquierda». Pero lo que más pavor le produjo fue el recurso

inmediato al autoritarismo brutal por parte del gobierno: el «*oakesbottismo* sofisticado es una corteza bastante fina; cuando quiebra, como ocurrió en este caso, emerge una forma de conservadurismo visceral realmente desagradable». Los acontecimientos de 1969 –la protestas de los estudiantes contra las inversiones de la LSE en Sudáfrica y contra las duras medidas de seguridad tomadas en su interior fueron respondidas con arrestos masivos y la posterior destitución ilegal de un profesor, Robin Blackburn– arruinaron la relación de Miliband con la LSE. En ese momento intentó movilizar al personal docente para impedir cualquier expulsión; posteriormente se reprochó a sí mismo el no haber dimitido en el acto, pues ahora la atmósfera allí parecía irremediabilmente envenenada. En 1972, a pesar del desgarrar que suponía la salida de Londres, aceptó la cátedra de ciencias políticas en Leeds; y a partir de 1977 redujo sus horas lectivas a tiempo parcial en Brandeis, Toronto y CUNY; la presión por la cuestión de la LSE se agravó con un problemático ataque al corazón.

The State in Capitalist Society fue publicado en 1969 y, gracias a la utilización de las notas de Miliband, Newman ofrece un relato esclarecedor de su génesis. El libro estaba dedicado a Mills, cuyo estudio de los circuitos de interrelación dentro de la «elite de poder» estadounidense –la cúpula militar, los propietarios del capital y los mandatarios políticos– tuvo en él una clara influencia. «Me entristece la muerte de C. Wright Mills, de modo intenso e íntimo», había escrito Miliband en estas páginas en 1962, después del último ataque al corazón que sufrió aquél en ese mes de marzo. Dos meses después, en Chicago, anotó en su diario: «Esta noche he decidido –y discutido con Marion– la escritura de un gran libro sobre *The State*, algo que llevaría probablemente unos cinco años. Sería teórico, analítico y proyectivo [...] tomando el mundo por mi campo de investigación»: una comparación detallada del Estado en los países capitalistas, socialistas y ex coloniales, «la historia, la sociología y la política reunidas en un todo integrado». La concepción marxista clásica del Estado como órgano ejecutivo de la clase dominante era «de enorme ayuda», pero no era suficiente: «un instrumento no es siempre dócil, desarrolla sus propios intereses, valores y procedimientos. *Debe, sin embargo, ser explorada*» subrayaba. El conocido resultado fue un estudio sociológico fundamental de los modos de funcionamiento del Estado en todo el mundo del capitalismo avanzado –Estados Unidos, Francia, Alemania y Japón–; y constituyó una sólida refutación de la concepción reinante del Estado como instrumento neutral, en función de la interacción democrática de las fuerzas en competencia.

Fue un libro difícil de escribir. Mientras bregaba con las conclusiones, en la primavera y el verano de 1968, Miliband escribió a Saville que el trabajo había «hecho surgir ciertas tensiones sin resolver de mi pensamiento realmente fundamentales». El capítulo final abordaba el futuro, pero era pesimista: si el Estado en las sociedades del capitalismo avanzado servía primordialmente como guardián de los intereses económicos dominantes, las limitadas libertades civiles y políticas que permitía eran todavía de una

importancia crucial, y la meta de la estrategia socialista debería ser su expansión radical y su cumplimiento. Pero ante la ausencia de agentes políticos —partidos políticos de masas serios— preparados para llevar adelante esta agenda, lo más probable para las décadas venideras era más bien una nueva forma de autoritarismo que preservara un caparacho de democracia mientras se reducía el poder de las instituciones representativas, se debilitaban los derechos sindicales y se restringía el área de disidencia legitimada. En su opinión, los partidos socialdemócratas jugarían un papel medular en su establecimiento.

La relectura del debate Miliband-Poulantzas hoy, en la hora de Cooper y Bobbit, hace pensar forzosamente en que a pesar de las polarizaciones de la época —«instrumentalistas» *versus* «estructuralistas»— sus dos protagonistas compartían un proyecto estratégico común. Incluso el nerviosismo de Miliband patente en su correspondencia privada («Hay una ingente cantidad de pura charlatanería entre los materiales de los althusserianos») tenía el cariz insólito de una riña familiar. La reseña crítica escrita por Nicos Poulantzas sobre *The State in Capitalist Society* y publicada en la *NLR* en 1969 ponía en cuestión si el método de Miliband —una abierta refutación del Estado «neutral» mediante la utilización de datos empíricos— no le dejaba «embarrado en el pantano de la imaginación ideológica de sus adversarios»: por un lado, al sobreacentuar el papel y la motivación de los individuos (burócratas, hombres de negocios y políticos) como actores sociales; y, por otro, al no comprenderlos en su carácter esencialmente portador de la estructura objetiva del Estado, este mismo relativamente autónomo de las diversas fracciones de las clases dominantes.

En su respuesta (*NLR* 59), Miliband articuló una gallarda defensa de la utilización de la validación empírica; un procedimiento al cual, sugería, Poulantzas y otros althusserianos «prestaban bastante menos atención de la que se merecía». El hecho de desechar totalmente la naturaleza subjetiva de las elites del Estado —reduciendo éstas a no más que meros «ejecutantes de las políticas impuestas por “el sistema”»— producía un «sobredeterminismo estructural» que no detectaría ninguna diferencia entre un Estado gobernado por liberales o socialdemócratas y otro gobernado por fascistas. Era tan falso, sostenía, como la posición opuesta, que asumía que la elección de un gobierno socialdemócrata, más unos pocos cambios en el personal administrativo, imprimiría un carácter completamente nuevo al Estado.

En la década de 1980, Miliband se había convertido en un político veterano de la izquierda independiente, progresivamente comprometido con el trabajo político práctico de construir una alternativa radical al Nuevo Laborismo: la Socialist Society, las Chesterfield Conferences; la Independent Left Corresponding Society (con Tony Benn). Si vistos retrospectivamente estos intentos parecen miopes, no dejaron de proporcionar valiosas oportunidades para una formación socialista molecular. Su estirada espalda, su porte naval y su claridad de discurso hacían de Miliband un orador con-

vincente. Su muerte ha privado de un gran maestro a una nueva generación de jóvenes radicales, hartos de sermones blairistas a favor del orden neoliberal y de sus guerras.

Admirablemente claro en su construcción y escrupulosamente documentado, probablemente la contribución más valiosa del libro de Newman sea su registro exhaustivo de las cartas, los diarios y los papeles privados de Miliband. Aquí, el carácter de Miliband –su entusiasmo, su temperamento– salta de la página, y con él la intensidad de espíritu que talló su formación. Todo ello compensa con creces un trabajo articulado alrededor de un texto bastante árido. No se intenta evocar, ni se recurre a otras fuentes para ello, la atmósfera de la década de 1930 en Bruselas, la vida en la marina o el Londres de posguerra: los apartamentos, los cafés, las películas, la vida emocional –la cultura, Freud y todo ese jazz–. Da la impresión de que no hubiera ni un sólo adjetivo cromático –rojo o marrón, verde o amarillo– en todo el libro. En este sentido, la promesa de la segunda parte del título de Newman –«y la política de la nueva izquierda»– pasa sin ser cumplida. Falta un retrato más exhaustivo del movimiento del que Miliband formaba parte, o de las épocas que atravesó su vida: la intensidad del debate político, los enfrentamientos entre sus figuras destacadas, los momentos históricos de ruptura; las inflexiones culturales específicas, el escenario y la psicología individual al lado de la tradición y de la lealtad intelectual o política.

Carente de un telón de fondo como éste, Newman se ve llevado a una insistencia bastante forzada en la originalidad de las posiciones políticas de Miliband, que en general encajan perfectamente en el amplio consenso de la izquierda independiente. Acerca de la Unión Soviética, por ejemplo –se movió del escepticismo de posguerra, mezclado con la instintiva hostilidad hacia el macartismo, pasando por el optimismo limitado ante la distensión de la era de Khrushchev o a la fuerte condena de la invasión de Checoslovaquia en 1968 que le llevó a redefinir a los Estados comunistas como «colectivistas oligarcas», una posición que se vio reforzada con el regreso de la Guerra Fría a principios de la década de 1980–, Miliband no desentonaba del sentir de amplias capas de la izquierda estadounidense y europea. Respecto a Palestina, tanto su defensa de Israel en la guerra de 1973 –consideraba que el bloqueo del golfo de Aquaba suponía una amenaza a la existencia del Estado israelí– como su posterior condena rotunda de la política de este país cuando se produjo la primera *intifada* fueron las habituales en su grupo de referencia.

Más sorprendentes fueron su coherencia política en todos los órdenes, que le hizo mostrarse firme en contra de los vientos predominantes durante las décadas de 1960 y 1980, y su presciencia. En su artículo de 1985 publicado en la *NLR* «The New Revisionists» argumentaba que una debilidad crucial de aquellos que huían hacia la derecha para caer en el populismo, el localismo y las políticas identitarias era su rechazo a analizar, o incluso a reconocer, «la forma y la estrategia del enemigo»: daban la espal-

da al maremoto de la reestructuración neoliberal que estaba a punto de arrojarse sobre sus cabezas. En realidad, la abundancia de material privado que Newman exhibe hace mucho por iluminar la sensibilidad que descansa detrás de tales análisis premonitorios. Desde muy temprano –un muchacho judío de clase obrera que se hace mayor con los ojos bien abiertos en la Europa de entreguerras– Miliband combinó un gran sentido del internacionalismo con un asimiento destacadamente claro de las estructuras de poder y de lo que describiría en *Parliamentary Socialism* como «el hecho básico y cruel de la existencia del proletariado». La clase, el origen religioso, la nacionalidad o su carencia –entrecomillaba «Bélgica» en sus diarios de adolescente al describir lo que le diferenciaba de sus compañeros de trabajo ingleses en la tarea de desescombros de los edificios bombardeados– claramente jugaban un papel; pero por encima de todo estaba la atracción de las ideas.

La cualidad específicamente independiente de su pensamiento supone la contribución más destacada de Miliband a la Nueva Izquierda, independencia que se expresó con una calma y una lucidez a la cual el tono intensamente emocional de su correspondencia personal introduce un contrapunto interesante. Un ejemplo llamativo es su clásico ensayo de 1979 sobre el papel del individuo en la historia titulado «Political Action, Determinism and Contingency». Miliband señalaba con toda precisión la insuficiencia del pensamiento clásico marxista sobre la cuestión y su cómoda dependencia de un puñado de formulaciones famosas. Cuidadosamente deshilvanaba el argumento de que si no hubiera existido Napoleón –o Hitler, o Stalin– la historia hubiera arrojado otras figuras similares con los mismos resultados; y que el papel de «accidentes» tales como el carácter solamente puede acelerar o retrasar el curso normal de la evolución. En su lugar, sostiene Miliband, necesitamos conceptualizar dos procesos históricos diferentes pero interrelacionados: los cambios «transgeneracionales» que se producen a lo largo de los siglos –la transición del feudalismo al capitalismo, por ejemplo– en los cuales las contingencias tendrán, de hecho, un efecto secundario; y la historia «generacional», que discurre entre las décadas, donde las intervenciones individuales –Lenin en 1917– pueden tener un impacto decisivo. Desde una perspectiva transgeneracional, la Revolución bolchevique «se abrirá el camino en el tejido del tiempo»: Lenin pierde su importancia. Aunque estos procesos del largo plazo permean la historia generacional, no la niegan. A nadie le preocupa realmente la posteridad de aquí a veinte generaciones y «hay suficiente “apertura” en la historia generacional para hacer que las acciones de los individuos cuenten y su implicación sea significativa». Las propias intervenciones de Miliband en su época siguen vigentes, en sus libros y en sus artículos; pero sus escritos privados, ampliamente extractados en esta obra, proporcionan una viva sensación del hombre que está detrás de aquéllas. Una buena razón para tener este libro.